AÑO XXV. — Nº 1216.

EL DIA

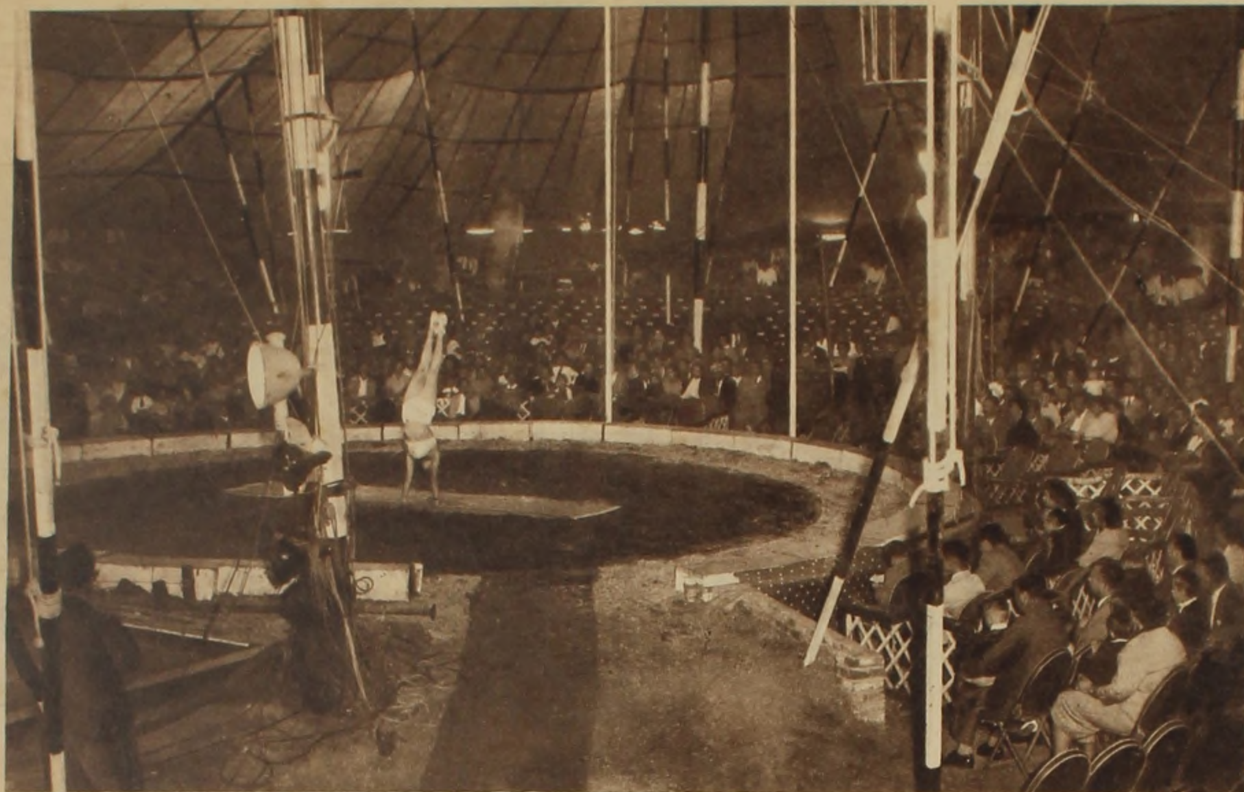
MONTEVIDEO, MAYO 6 DE 1956.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



OCHO MIL NIÑOS EN EL CIRCO.
(Fotografía Juan Caruso)

Por iniciativa del Ministro de Instrucción Pública, señor Renán Rodríguez, el "Madison Circus", que funciona en el Palacio Peñarol, ofreció un espectáculo gratuito a ocho mil escolares de poblaciones del interior de la República, brindándoseles un día de gozo inolvidable.



El interior de la carpa principal es una verdadera selva de cordaje, postes y miles de kilómetros de cables que proporcionan luz al espectáculo.



Entrelazadas como flores, las caras de los payasos prometen mil travesuras, enredos y lances desopilantes que apasionarán por igual a jóvenes y viejos espectadores.

EL CIRCO DE LA CIUDAD

PAN y circo fue una fórmula heterodoxa de la antigüedad, que con ligeras variantes ha sido adaptada a través de los siglos a los gustos más o menos característicos del alma popular que se rinde así a la fantasía arrolladora de ese entretenimiento universal que seduce por igual al hombre de poco saber como al de elevada cultura.

Pero tal vez únicamente en la niñez, el circo ejerza esa honda influencia de alegría aterradora que luego con los años adultos nos inclinamos a volver a encontrar como una dinámica confirmación de lo que ya no está en nuestra mente y que vemos con halago; reflejar en los niños que comprometen y abren nuestro porvenir. Hay que suponer que por ese solo motivo el circo sigue excitándonos aún de esa manera reveladora de los primeros ocho años que de cualquier modo siempre quedarán con vida permanente en algún rincón de nuestra imaginación.

Aunque ni el Estado, ni ninguna empresa local desarrollan con carácter estable los espectáculos circenses en el Uruguay, esporádicamente, pequeñas o grandes compañías enriquecidas con todas las conquistas de la escenificación moderna, instalan sus carpas en el centro mismo de la ciudad de Montevideo y dan a chicos y grandes la misma oportunidad de una experiencia objetiva directa en ese campo tan vulnerable a la fantasía.

Preferentemente es con el Otoño, al iniciarse la temporada teatral, que Montevideo recibe la esperada visita de estas exóticas y trashumantes compañías. Durante semanas, el circo cambia entonces radicalmente la fisonomía de la urbe con sus carteloles deslumbrantes de lacres diabólicos y verdes fosforescentes que anuncian por todas partes el clásico "espectáculo más grande del mundo", mientras sus fieras amaestradas (no tanto como ciertos hombres que todos conocemos) y sus legiones de emperifollados artistas recorren las calles principales provistos de su peculiar brillo: un brillo de ropa raída, de segunda mano, pero que cumple certeramente sus imantados propósitos de ganar posibles adeptos que paguen gustosos la entrada de toda la familia. Con un doblón de oro del país de "Nunca-Jamás", por que no es posible —piensan los niños— ofrecer al boletero del circo la misma moneda desencantada con que paga su madre el tranvía.

Los entendidos en la materia, y como es natural, medio siglo de cinematógrafo, y mucho más de literatura, arte pictórico, y hasta letras de tango, han creado al circo esa tradición sórdida y triste de que goza aún en nuestros días como inspirador de serias reflexiones de orden sicológico.

Quizá sea por esos prejuicios que todavía todo espectador ve detrás de cada payaso que ríe sanamente, un pobre hombre que llora, tesitura de la cual no se libra ni uno solo de los clásicos personajes circenses, que tendrán tal vez individualmente y como todo el mundo su propio "Deus ex machina". Y desde los tiempos de "Varieté" o "Los diablos rojos" hasta los más cercanos de "Noches de circo" donde el sueco Ingmar Bergman atrapa sus propios monstruos y sigue proponiendo un idéntico mundo de frustración y amargura, hemos tenido esa desencantada visión de un espectáculo mágico y de metafísica primaria que en su forma original nos llega a través de un desencadenamiento de brillo, destreza y habilidad, con



Estos simpáticos animalitos del Altiplano representan con elegante gracia a nuestra América en la fascinante colección del circo.



Para la mayor parte de los chicos el número de los elefantes de la India es verdaderamente entusiasmante.

muchísimas suertes que siempre son arriesgadas o requieren una capacitación especial.

Pero lo cierto es que, después de todo lo que se ha escrito acerca de la vida llena de inconvenientes del circo, ésta no ha de ser en sí misma mucho más temible y solitaria de lo que es el mundo en general para sus más alegres y confiados espectadores, aparte de que ninguna escuela o filosofía, ninguna fórmula y ningún estilo han venido a demostrar lo contrario hasta ahora.

Además, de esa mezcla de risas y de lágrimas no sólo se conforma el circo de manera excluyente, sino toda la vida, y aún "nuestra música y nuestras canciones" como diría Ben Hecht.

Claro que estas disquisiciones no afectan para nada a los espectadores infantiles que siempre estarán alborozados con la llegada del circo y sus numerosos carromatos, jaulas habitadas, tractores, y todos los implementos pintorescos que forman una verdadera ciudad viajera en pequeño. Aunque la función dure apenas dos horas, despertará para siempre su imaginación con el fabuloso decorado que abre ante sus ojos, transitorio como las nubes, y que no está obligado a ser siempre digno.

No bien arma el circo sus tiendas contando con la habitual cooperación de los elefantes ,toda una multitud se acerca a fisgonear que sucede, atraídos por la música de la banda que ensaya sus aires. Y ya sea alrededor de la carpa de los animales salvajes o en torno a los camarines rodantes pintados de color rojo vivo donde viven mas o menos su vida privada los artistas, los improvisados espectadores tienen un anticipo prematuro de lo que será la función que se avecina, naturalmente, que sin la inclusión de cuadros realistas como el de ese actor que se afeita al aire libre, o esa malabarista que lava su ropa, o aquellos otros trapecistas que leen y chismean.

Pero el circo no llega solo a la ciudad. Viene con él un mundo y otra vida que surge a su alrededor y que consiste en verdaderos ejércitos de vendedores que se desgañitan ofreciendo tentadoras golosinas, maníes, helados y arrebatadores globos que brillan a la luz de millares de bombitas eléctricas que cuajan la tarde apacible de lentejuelas y pedrería.

Casi al empezar la función la impertérrita banda no deja nunca de tocar esos absurdos y estridentes aires que nadie reconoce y que resuenan en nuestros oídos como si los hubiéramos escuchado toda la vida.

Asistir a una de estas secciones requiere en todo presunto espectador el uso abusivo de sus cinco sentidos. Tal es la polifacética variedad del programa que le es ofrecido. ¿Cómo se las arreglan los empresarios para lograr semejante cosa? A decir verdad, ningún otro espectáculo lo iguala en la presentación de números simultáneos que requieren a veces hasta la utilización de tres pistas capaces de producir estrabismo y pobladas de una indescifrable vida entre el cordaje de los postes y el ruido incesante de las carcajadas.

Imposible resulta apreciarlo todo de una sola ojeada. Mientras los mozos de servicio se aprestan a quitar las alfombras, los payasos hermosamente ataviados siguen haciendo piruetas alrededor de la arena. Una malabarista con malla carmesí entretejida con hilos de oro y plata concita ahora la atención del público realizando increíbles maravillas con sus ágiles manos, mientras en el trapecio dos artistas aéreos arrancan aplausos con la temeridad de sus actos. Los espectadores vacilan entre seguir las evoluciones de las jóvenes del skating o reír cuando el bufón Clavelito y el enanito Obelisco se abrazan afectuosamente a guisa de saludo. Panteras, leopardos, tigres, osos polares, gorilas y otras atracciones aguardan su turno, en tanto que en la pista bañado por una luz polvorienta y rojiza, "Shafars", el hombre rana protagoniza con una bailarina, un cuento de amor y magia que mantiene graves y absortos a los niños.

Y así, en forma ininterrumpida, se va sucediendo el espectáculo, a veces en forma simultánea y sin dar una pausa de tregua a la atención de los comprometidos espectadores, que si se interesan en todo, corren el riesgo de no ver nada.

Si, la enorme carpa de lona, es una carpa de exilio. Por eso, a la semana, el circo en la ciudad se ha convertido en parte de otro territorio, alcanzando alturas vertiginosas que sólo el sueño y la fantasía de los montevideanos, pueden transmontar. Y por nada del mundo ningún chico dejará de pensar con que gusto abandonaría la escuela y el cálculo de las ecuaciones de tercer grado, para compartir para siempre con elefantes y enanos, la diversión de una fascinante aventura que encuentra los límites de su acción allí donde empieza la vida de todos los días.

J. R. CRAVEA.

(Especial para EL DIA).



Con ávidos ojos los niños montevideanos siguen el desarrollo de la función casi con la misma atención que ponen en la escuela cuando la maestra se dedica al modo subjuntivo.



Mientras otros artistas conquistan en la pista el aplauso del público, la bailarina y el payaso que aquí vemos, aguardan su turno para emocionarlo con sus habilidades.



La mañana es propicia para estar al sol y Miky, el chimpancé patinador y ciclista, se asoma a la puerta de su carromato. Como es previsor ata a su domador con una cadena para que no se escape.



Al son de los estridentes aires de la banda, los trapecistas ofrecen un ejemplo de la decidida vitalidad del estilo circense.



La hora del almuerzo en el "grill room" de los animales salvajes. Naturalmente, que el cuidador debe tomar sus precauciones para no ser parte del menú.



Durante el día, cuando la vida ocurre en el exterior, la vieja carpa duerme como un animal enorme al pie de los modernos edificios.



Dibujo de niña. (Lápiz).



Niño dormido. (Lápiz).



Retrato de niña. (Lápiz).

Exposición retrospectiva de Hermenegildo Sábat

HERMENEGILDO Sabat fue un caricaturista del marcado estilo de su época Pero fue algo más: fue expresivo y gracioso, sin entrar en lo grotesco. Sin sarcástica burla —para quienes no lo merecían— fue sin duda un polemizador formidable, cuando las circunstancias lo requerían. Nosotros tuvimos en nuestras manos las obras de Sabat más características. Las que había en el archivo de EL DIA, antes de que tomaran el rumbo de su destino final. Eran caricaturas de intensa polémica, detractoras de vicios y marca de fuego para quienes iban dirigidas. En aquel entonces se estilaba ese tipo de caricatura, y Sábat la llevó a cabo con gran ímpetu. Pero aparte de la faz que lo distinguía, como valiente y certero en la pronunciación de su verdad, poseía una gracia en su dibujo, y un trazo que siempre nos llamó la atención cuando observábamos sus trabajos. Algo había en ese dibujo que, aún conservando como decimos, el carácter de la época, dejaba entrever un valor esencial, que proporcionaba y daba giro seguro a la composición. Y decimos composición, porque hemos visto grandes caricaturas enfrascadas en diversidad de tipos, y con soltura y visión en lo que llamaríamos la perspectiva del efecto. El impacto que producían era notable, porque a ello agregaba el movimiento, y esa ronda de personajes que estaban en su cámara de castigo, salían a la vida en la publicación del diario, donde el nombre de Sábat adquirió gran nombradía. Pero hoy no deseábamos hablar de sus caricaturas, ya que las que se exponen son de su serie de hombres para los que era un halago ser caricaturizados por Sábat. Y no deseábamos escribir, porque no hallamos aquellas notables caracterizaciones donde entraba todo el vigor de su fuerza, ante la injusticia, o ante seres que especulan con las ideas. Pero debemos hacerlo para traer a colación, aquello que nos manifestaran los trazos de Sabat. Recién hoy lo hallamos, porque no conocíamos los dibujos y apuntes de su mano. Presumíamos que aquel caricaturista tenía bases de dibujo, para lograr aquel trazo de línea recta que construía.



Retrato del escultor Cantú.

Hoy hemos podido verlo. Sábat en los retratos en que aparece su rostro sonriente y noble, tiene a flor de piel la sensibilidad que trasuntan sus dibujos al lápiz. Sus dibujos de niños y de amigos. Serían como un descanso en su lucha, pensamos sin saberlo. No lo conocimos personalmente. Aquellos cartones ocres ya por la acción del tiempo, decían de la distancia. Los dibujos que hoy se exhiben en el Museo Pedagógico, encerrados en una vitrina, son un principio para comprender la personalidad de este dibujante. Son pulcros y limpios en su realización, denotan cariño, dejan traslucir expresivamente un acopio de ternura y transparentan vida; vida de pocos años y de muchos, pero su trazo sale de los signos traductores de la naturaleza.

En algunos de ellos se descubre el espíritu, algo más que el simple dibujo de líneas bien trazadas. Son relativamente pocos. Pero lo bastante para apreciar sus valores. Son esos dibujos que se realizan en la intimidad, que llevan la mano del artista, poseída por sentimientos nobles, y que son en concreto, la confesión espontánea, la rica savia que se expresa directamente. Hay en ellos una línea de estudio, simple, certera. Es la conjugación de la sencillez en que se basa su espíritu para reposar de la lucha. Son dibujos sentidos en la línea y en la emotiva fluidez de su expresión. Observemos "Niño dormido", y veremos en un pequeño trabajo, condensar toda la realidad tierna y de abandono feliz, a que se entrega en su interpretación. Línea pura y tenue, afirmada con leves acentos precisos, envolvente sin líneas de más o que denoten "cachet", sino las dictadas por la sonriente felicidad de la sorpresa lograda. El estudio de niña es de claridad interior. Todo es claro en la expresión captada, y la línea se sostiene en el pelo, con la repetición de curvas que destacan su unidad y armonía. En otros estudios de hombres, se perfila el carácter, sin intentar desviarse hacia la caricatura, sino como en los anteriores, ante la naturaleza, y buscando la definición por la línea más que por la sombra (aunque acertado en ésta), de parecido y características salientes.

De las caricaturas expuestas, las hay en líneas rectas sin llenar, y otras más completas, como él las realizaba luego: con más técnica o mejor, más terminadas. Los tipos aparecen con la desproporción que hemos anotado, pero llenos de expresión diversa. Se aprecia en Sábat el deseo de imprimir en ellas un sello de expresión: fina en algunos, atenta o disimulada en otros, indiferente o firme, pero siempre incisiva en el acento a destacar. Son caricaturas de personajes o políticos militares o profesionales, y el lápiz de Sábat traduce los gestos de ellos con comprensión íntima, con bondad, a pesar de deformarlos y a la cual les imprime consideración, y no burla ni mordacidad.

Tal vez luego de años, conozcamos la obra total de Sábat, cuando se recopile todo y el tiempo haya hecho su obra, señalando el destino la oportunidad de ubicarlo totalmente en el arte de la caricatura uruguaya.

Eduardo **VERNAZZA**.

(Especial para EL DIA).



Caricatura del Ingeniero Serrato. (Lápiz).



Baltasar Brum. (Tinta).



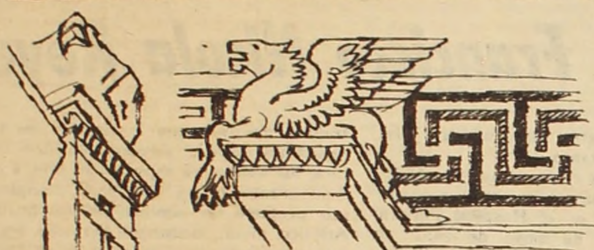
Retrato de Lanau. (Lápiz).



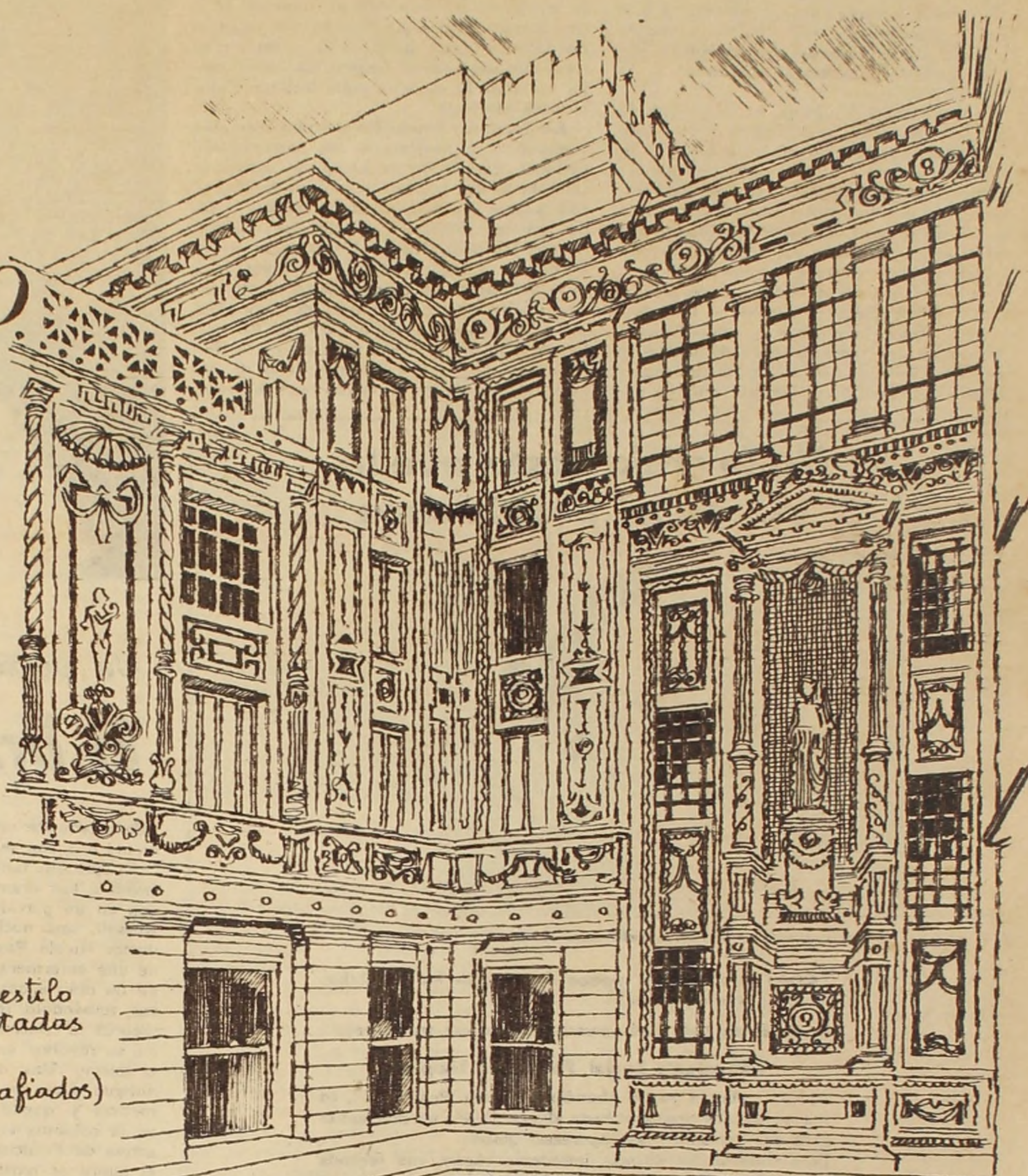
Estudio (Lápiz).

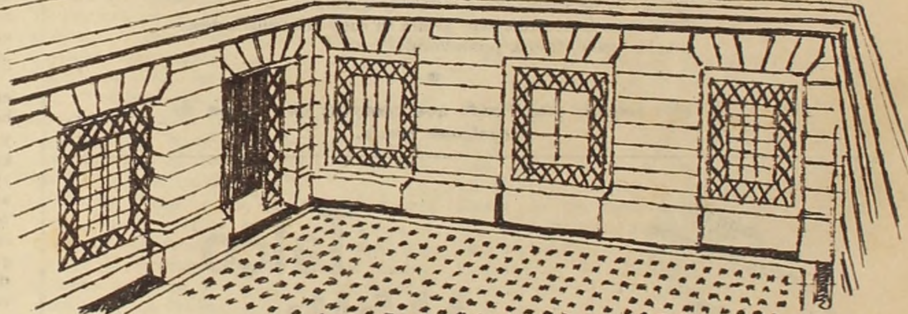
PATIOS DEL PALACIO LEGISLATIVO

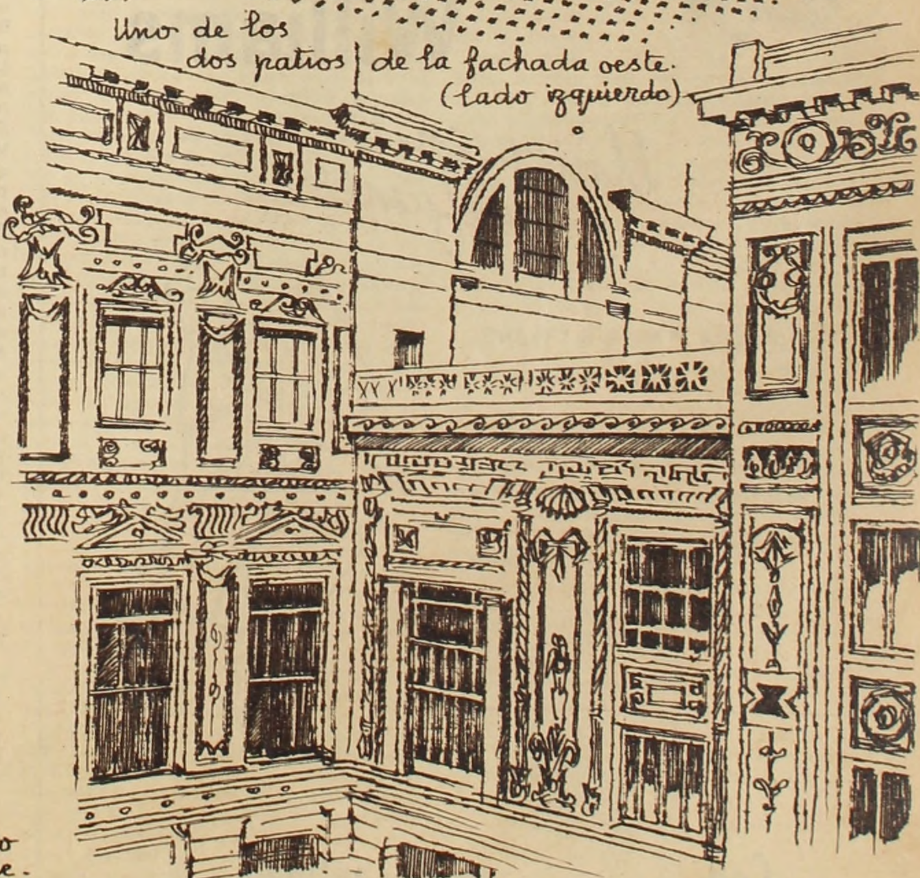




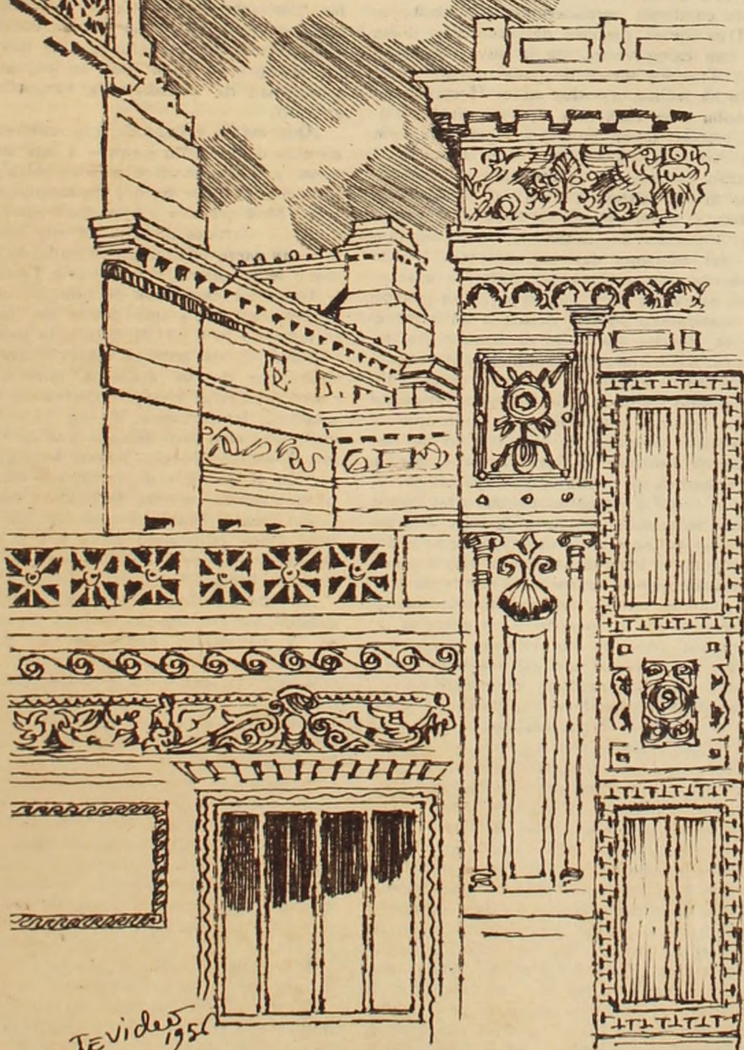
Detalles de las decoraciones de estilo pompeyano ejecutadas por el maestro ALBERTAZZI. (esgrafiados)







Uno de los dos patios de la fachada oeste. (lado izquierdo)



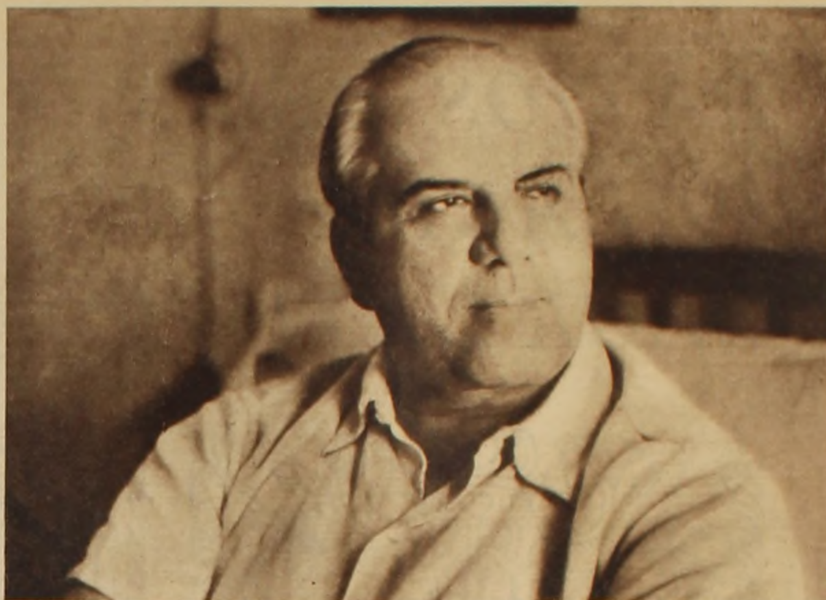
Angulo del mismo patio del lado de la Torre.

Dibujo de Pierre Fossey

UN accidente y un hombre suelen representar la tragedia momentánea, el drama de una hora, el episodio más o menos efímero. En el caso del doctor Nicola Reyes significó la presencia permanente de lo heroico.

Nacido en el Uruguay, en la ciudad de San José, en 1900, fue traído, muy niño aún, a Montevideo, transcurriendo su infancia en el histórico barrio de la Unión, poblado de tradiciones y leyendas que tan bien ha documentado Luis Bonavita. Quien no conozca la Unión, no puede imaginarse cabalmente sus viejas calles arboladas, sus negocios innumerables, su plaza rodeada todavía por la verja colonial. Ese fue el escenario de las andanzas de "Pancho" —que así le llamaban todos— desde la niñez a la adolescencia. ¡Unión de las remembranzas de héroes y batallas, Unión romántica de nutrido anecdotario galante! Para Pancho, también encerraba el amor decisivo, en aquella vecinita hija como él de un médico eminente, Marita Brusco Chucarro. Extraña conjugación de destinos asoció desde niños a estos dos seres que, andando el tiempo, darían el mejor ejemplo de eso que suele llamarse "afinidades electivas".

En Francisco Nicola Reyes cumplióse claramente el imperativo de una herencia vocacional. Estudiante de excepción, universitario brillante, apenas arribado a la juventud, asume dos títulos: el de médico y el de marido. Discípulo dilecto del célebre doctor Morquio, Nicola Reyes hizo de la Pediatría su especialidad. Y hubiera sido indudablemente un gran maestro, si el destino no le hubiera reservado otra cosa. No sé si decir una emboscada. No sé. Tal vez lo que sobrevino sirvió para poner de relieve los perfiles casi sobrenaturales de un espíritu que en otras condiciones hubiera



Doctor Francisco Nicola Reyes

Un personaje inolvidable:

El Dr. Francisco Nicola Reyes

sido solamente un gran espíritu, pero solamente eso, con ser tanto.

El episodio, tantas veces relatado en Montevideo, tan dramático e injusto, se sintetiza en un párrafo: en el Hospital Pereira Rossell, una noche de mayo de 1932, el doctor Nicola Reyes, atendiendo el reclamo de una enfermera, se inclinó sobre la cama de un niño agonizante, y el padre del mismo, tomándolo, impulsivamente, por el médico de la criatura, en forma sorpresiva, vació su revólver en el médico, en el niño, en sí mismo. Una moderna tragedia de corte antiguo. Una de las balas, que seccionó la médula y quedó incrustada para siempre en la columna vertebral, tronchó la carrera activa de Francisco Nicola Reyes, pero fue el punto de partida de un nuevo modo de asumir la vida. El doctor Nicola Reyes, no volvería a caminar nunca. De aquí en adelante comienza verdaderamente su historia.

Tres meses después del accidente, nacía en una cama vecina de la suya, su único hijo. Tras los meses de padecimiento físico y lucha íntima pasados en el Hospital, regresaba a su casa más rico que antes: volvía con su joven mujer, y aquel niño que era "su otra esperanza". Vino después el penoso proceso de adaptación, el aprendizaje de la existencia dura del inválido, la guerra al desaliento. Y de todo salió vencedor. Vencedor del desánimo, de la amargura, del egoísmo, del resentimiento. Nadie recuerda una queja suya contra la suerte. Bien estuviera decir que él se había ganado su sonrisa. La sonrisa define a un hombre. La de Pancho era como él mismo: abierta, franca, total, clara, le iluminaba por entero. Nadie se le acercó sin recibirla; nadie salió de su lado sin el corazón colmado. Enseñaba todos los días cómo hay que vivir; que su optimismo perpetuo le convirtió en una especie de Próspero dictando a todos cátedra de voluntad, de solidaridad, de salud moral. En la tertulia perpetua de su casa, donde nunca se cerraba la puerta de calle, enseñaba a ser valiente, a no desmayar, a no ceder sino para el bien. Enseñaba a dar, a servir. Enseñaba que no existe nada donde no pueda ponerse interés, dedicación, entusiasmo. Enseñaba que el espíritu tiene energías inagotables, reservas maravillosas, y que ponerlas en juego es una de nuestras obligaciones vitales. Enseñaba el estoicismo sin pedantería, el sacrificio sin alarde, la amistad sin reserva. Y por encima de todo, que no sólo con las piernas se anda, y que hay muchas maneras de estar siempre de pie. Que donde todos los caminos parecen clausurados, el corazón del hombre siempre puede abrirse una puerta más. El traía su lección, de vuelta de aquellos atormentados días de dolor y asombro ante la cruel verdad irremediable. ¿Cuánto le habrá costado, íntimamente, la proeza? Nunca lo dejó adivinar.

El hombre quieto descubrió el modo de recorrer el mundo, por las rutas de la radiotelefonía. Y en La Habana o en Lima, en Río o en Viña del Mar, en Madrid o en Santiago, el conocido reclamo de la CX3 CN conmovía a los amigos lejanos, con su voz grave, armoniosa y cordial. Pero no fue la radio para él mero entretenimiento. Pronto advirtió su utilidad. Diagnosticaba, recetaba, aconsejaba. En puntos alejados de nuestra campaña, como sobre la costa del Pacífico, hay vidas que le deben su salvación o su mejoría. Se había dado a una actividad múltiple que le llenaba las horas, repartidas entre el estudio científico, la lectura, los amigos, la esposa y el hijo, a quien dejó encauzado en su misma disciplina, y que promete ser también médico brillante. Atlético, jovial, virilmente hermoso, erguíase con prestancia en la cama o en el sillón de ruedas. A su lado llegábase a olvidar su tragedia, pues imperaba en torno de él un clima de normalidad absoluta, como alrededor de un convaleciente que ha de recuperarse en poco tiempo.

Muy aficionado al deporte —fue buen jugador de fútbol cuando muchacho— colaboraba con las radiodifusoras en la transmisión de los campeonatos internacionales, las competencias ciclistas, las carreras de automóviles. Concurría al Estadio, a las canchas de basket-ball, a las piscinas de natación. Y hasta a bailes y asaltos de máscaras, "disfrazado de Doctor Nicola" como decía con travesura. Y su sonrisa contagiosa y su entusiasmo perpetuo que le llevaba a ver siempre el mejor lado de las cosas, le granjeaban de inmediato la simpatía y el aplauso.

¿Qué coraje estupendo, qué entereza admirable defendieron siempre a este ser animoso, y le conservaron intacto hasta el último día un amor puro y desmedido por la vida? Muy grandes y ejemplares fueron sin duda las virtudes morales de este héroe civil, este santo laico, a quien nada de lo humano le fue ajeno, como quería Terencio.

Todas las estaciones de radio-aficionados de América sabía que detrás del familiar reclamo de la CX3 CN, estaba la tremenda realidad de un hombre inmóvil, que supo deshacerse de las ataduras materiales, y convertirse en el ejemplo tonificante de una sabiduría trascendente; de un "arte de vivir". Que esto hizo de cada una de sus horas, Francisco Nicola Reyes, hombre convertido en símbolo de la hazaña más difícil que pueda intentar la criatura humana: la del coraje risueño. Por encima de la miseria física, edificando sobre ella, a despecho de todos los obstáculos, un ideal para levantar hacia él los ojos cada día.

Afinado en el dolor silencioso, tenía una sensibilidad hondamente poética; enamorado de la naturaleza, amigo de los árboles, del mar, la música y los niños. Alma sencilla, diáfana, primitiva y dulce, había conservado la capacidad de estremecerse ante una flor o un pájaro. Su drama no le había endurecido. Infatigablemente se daba en él el desbordamiento de una ternura limpia y hospitalaria, y quienes frecuentamos su afecto supimos de su caudal generoso.

Sus años de postración física constituyen el caso más asombroso de sobrevida que la ciencia conozca en accidentes de esta índole; acaso los excepcionales cuidados de la esposa le ampliaron el plazo. De todos modos, no vivió una hora en vano, ni dilapidó un día.

Murió en 1954, en ese mismo mes de mayo que cerró los veintidós años exactos de su drama. Sobre su lecho era un dios dormido hasta el cual hubiera bajado al fin el reposo absoluto.

El Uruguay perdió a un hombre notable. Pero su leyenda seguirá de pie, aleccionadora e inolvidable.

Dora Isella RUSSELL.

(Especial para EL DIA).

Andar por los parques y los campos, tiene su ciencia

El hombre primitivo fue trashumante. La vida pastoril mantuvo la necesidad de la traslación, yéndose con los rebaños allí donde había buenas hierbas. Vino la agricultura y entonces el hombre se afincó sobre la tierra que debía rendirle sus cosechas. Agricultor o apacentador de ganados, el hombre siempre empleaba al máximo sus músculos. El maquinismo —absoluto a la sazón— y la tarea profesional, con el comercio moderno, han privado al hombre de los esfuerzos musculares.

Ni los brazos, ni las piernas, ni los pies, formados tan ingeniosamente, con tan notable conjunto de piezas, ligadas con elementos de una elasticidad prodigiosa, reciben el trato activo que necesitan. El cuerpo se deforma y ablanda así. Se resienten las resistencias.

Los griegos, tan llenos de buen sentido, se valían hasta de los pies para aprender filosofía. Aristóteles enseñaba andando. La "escuela peripatética" dejó una estela de sabiduría en su pos.

No era desacertada la técnica del desplazamiento, por lo menos, en sus aspectos espirituales y mentales, pues Nietzsche, siglos más tarde, llegó a afirmar que si un pensamiento no se ocurría andando, poco significaba; y ya más tarde, un profesor norteamericano de psicología experimental, Malthus, sentó que "la más agradable parte del placer es aquella que se puede gozar mientras se camina".

Nosotros hemos visto un arte en esto de caminar, dentro de las ciudades, de las grandes ciudades. Poco importa que sus puntos más céntricos resulten mefíticos para quien permanece en ellos mucho tiempo, con el hacinamiento de las gentes y los gases venenosos que escapan de los autos y autobuses. La defensa del habitante de la metrópoli es absolutamente fácil gracias a la previsión de los urbanistas, que nos han dado, con las plazas, y sobre todo con los parques, una "naturaleza en miniatura".

Hácese así posible aplicar lo que nosotros hemos llamado "Parqueterapia", que es el arte de pasear, curarse y vigorizarse en los parques. Ello ha de hacerse con fe; el cuerpo suelto, la mirada atenta y el corazón limpio. De tal modo predispuesta la mente, que deje, en el más breve tiempo, su carga de preocupaciones. La ayuda de la naturaleza, en ese sentido, es excepcional. Por algo se ha dicho que nadie paga como la naturaleza el amor que en ella se pone. Como acrecemos nuestro dinero llevándolo al Banco, acrecemos nuestra salud paseando una hora diaria por un parque. Daremos algunas reglas.

Dentro del parque, se ha de mirar seguidamente el verde terciopelo de las gramillas, como manera de dar recreo sedante a los ojos; y se ha de admirar cuanto bello árbol surja en nuestro camino. Y al mirar, no sólo los árboles excepcionales sino que hasta los vulgares, los más comunes, hemos de tomarlos como amigos, como amigos cordiales, fieles y generosos, los amigos que, al decir del poeta Valéry, "no nos piden nada y nos lo dan todo".

Nosotros, que estamos habituados a descubrir personalidad en los árboles, lo que no nos sucede con todos los hombres, no sólo los individualizamos, sino que hasta los bautizamos. Ejemplo: este ciprés glauco, con 22 metros de diámetro en su ramaje el árbol más hermoso de nuestro paseo favorito, el Parque Batlle y Ordoñez, es Sócrates, figura señera de la humanidad. Aquí al lado vemos otro gran ciprés de la misma familia: es Platón, el discípulo más brillante de Sócrates.

Y vea más atrás a Aristóteles, el discípulo genial de Platón y, como discípulo de Platón, nieto espiritual de Sócrates. Así como Sócrates, para nosotros, dentro de este parque, es un árbol recio, plúmbeo, vamos a decirlo así. Aristóteles, también ciprés, es más "ligero", airoso, esbelto, con algo de geométrico. Este aire, más suelto, cuadra al padre de la psicología, materia superfluida. En cambio al padre de la filosofía, a Sócrates, conviene la monumentalidad sólida, grave y, si se quiere, hosca.

Decíamos, o intentábamos decir, que quien se aplique a la parqueterapia, tiene que descubrir la personalidad de cada árbol, como modo de distinguirlo y hacerlo más apreciado. Cuando asociés cien árboles a las figuras históricas que más admiráis, y aun a los amigos, vivos o muertos, a los que más debéis, el parque se os llenará de evocaciones, de muy gratos recuerdos, y el día en que, por ventura para vosotros, estais más captativos o sensibles, tendréis por el boscaje, las más dulces emociones.

Nunca se requiere más de la lógica que al pasear por los parques. Caminaremos despaciosa o apresuradamente según esté el tiempo, pues los calores de diciembre reclaman cierta lentitud, con descansos a la sombra, y el aire fresco de mayo o junio impone, en cambio, una marcha apresurada, casi gimnástica. Uno y otro modo de discurrir son altamente convenientes, bien que el andar enérgico favorezca más las combustiones orgánicas.

Hace años que ofrecimos al público el "Exálogo de las terapias". Puede ser que con él le guste más al lector nuestra idea de defender la salud dentro de nuestros parques o junto a las costas, con lo que obtiene este arsenal terapéutico sin gastos ni sacrificio alguno, antes bien, con deleite: 1º. Fototerapia, o sea el tratamiento por la luz. 2º. Cromoterapia, o sea el tratamiento por la acción de los colores del prisma. 3º. Ludoterapia, o sea la acción benéfica de caminar. 4º. Ideoterapia, o sea la acción benéfica de conversar o meditar. 5º. Paisajeterapia, o sea la influencia estético-sedante de los bellos cuadros que la naturaleza nos va ofreciendo, y 6º. Hidroterapia, complemento necesario de todo paseo: el baño en casa o el club. Si andamos junto a la playa, y es época adecuada ha de ofrecérsenos propicia la orilla del mar. La fórmula Parqueterapia, usada para el título, en rigor, lo condensa todo. Con sol, tenemos desde luego la helioterapia, que es esencial, tanto en el campo como en una azotea.

El inventor del "baño de aire", Rikli, expuso en su momento: "El destino del hombre es vivir como una planta móvil, en este mar de luz y de aire que denominamos atmósfera". Rikli explicaba cómo observó, siendo niño, que los días luminosos lo ponían alegre y los nublados lo reconcentraban. Ya en la plenitud la inteligencia y la experiencia le hicieron ver bien que la atmósfera luminosa da grandes energías, vivifica. Con una buena caminata, al aire propicio, soleado, Rikli, caía en un estado delicioso, sorprendente de animación y bienestar. Así tiene que ser. Nosotros refrendamos aquellas observaciones.

Al favorecerse las combustiones orgánicas, mejora el estado de partes tan fundamentales de nuestro cuerpo como la piel, los intestinos, los pulmones, el riñón... Caminar, en cualquier circunstancia, es una poderosa manera de depurarse. Pero caminar, respirando un aire limpio, puro y balsámico como el de un parque, es ya como tomar una gran medicina.



Ambular en medio de la naturaleza y los campos, tiene su ciencia.



Psicólogos experimentales han arribado a la conclusión de que no existe en todo lo creado nada que entretenga, despreocupe y deleite tanto, como la contemplación de los colores.

En nuestra teoría de la "parqueterapia" la originalidad está en la importancia que le damos a la belleza, o sea eso que decimos "paisajeterapia". El principio esencial, es este nuestro que se transcribe: "Por la atención que pongamos en los árboles, el cielo, las flores y hasta el color de los pastos, es por donde va a llegarnos el verdadero recreo y la alegría". (La alegría, bien lo veremos, es el sol de nuestra alma).

Psicólogos experimentales con orientación tan moderna en la materia como los norteamericanos, han arribado a la conclusión de que no existe en todo lo creado nada que entretenga, despreocupe y deleite tanto a la criatura como la contemplación de los colores. ¿Y dónde encontrarlos más rientes y mejor combinados que en un parque, cuando el verde luminoso de un sauce llorón o los brillantes extremos casi metálicos de las ramas de una araucaria "Biwilly" contrastan con el verde grave de los eucaliptos australianos y el verde austero, severísimo, de las encinas cervantescas?...

¿Y las flores en los árboles y arbustos del parque?... Ellas van a anunciarnos el curso de los meses con sus mensajes fragantes o deslumbradores. Nótese: enero, eclosión unánime de los rojos farolitos chinescos de los hibiscos febrero, galas blancas, rojas e rosadas de los laureles, níveas estrellas de los jazmines, coqueteo alilado de la espumilla; marzo, profusión de flores preciosas, rosadas, con forma como de lirios, en el "palo borracho", aparición de esferitas, como rubíes, en los crategos; abril, promesa floral en las glicinas con abundantes grumos que han de abrir el hálito perfumado de la primavera; mayo, penachos blancos en los casquetes fibrosos de los eucaliptos "robusta", que en este mes hacen su perfume más picante; junio, esferitas de oro en acacias de floración precoz; julio, prodigio jardineril de los membrilleros japoneses, cuyas múltiples ramas, aun sin hojas, quedan cubiertas de lindas florecillas; agosto, nieves fragantes sobre el azaharero; setiembre, adornos cónicos de color canela, en los extremos de las brillantes ramas de los pinos, más oro en las acacias, notas rojas con las azaleas y esplendor de glicinas; octubre, grumos de acacias blancas, bellos odoríferos, marfil de magnolias, racimos eréctiles de los castaños de Indias, ramilletes con la fina pincelada cárdena en el lila suave de la flor de los paraísos; noviembre, breves lenguas colgantes de los ceibos, cincelados de oro nuevo en las retamas, medallitas de oro viejo en las airosas tipas; diciembre, un tono azulado de ensueño, que se materializa en ramos y hace un poema de cada jacarandá...

Para el que no vaya al parque cargado de de malas ideas, o lleno de prosaísmo, con indiferencia, todo, desde los juegos de sol y sombra al revolotear de los pájaros, resulta prolongada causa de bienestar, verdadero deleite. Gran suerte es amar la naturaleza, pues se llega a desear la vida aunque sólo sea para ver acusarse las estaciones tan maravillosamente combinadas. Las estaciones, que nos están mostrando el camino a seguir, y a seguir con alegría. El sereno "aprender a morir", que nos dijo Platón...

No será extraño que, con la alegría del paseo, y alejados de la gente, demos en cantar (tanto da tararear). Eso nos hará respirar, en veinte minutos el aire vital que absorbemos, habitualmente, en una hora.

Si mucho logramos con el paseo en el parque, merced a la aeroterapia, el efecto de la helioterapia no se ha de considerar menor. "Donde entra el sol no entra el médico", dice el adagio (1). El sol tiene propiedades vivificantes maravillosas. No olvidemos que, si en la tierra hay vida, ella débese al sol. Basta su luminosidad, esa luminosidad que presta al aire, para que pierdan virulencia y sucumban infinidad de gérmenes nocivos. No olvidemos al sol como gran aprovisionador, dentro de nuestro cuerpo, de vitamina D.

Ha de aprovecharse bien el sol para hacer respiraciones profundas. Nunca va a resultar más vital ese ejercicio que en horas de la mañana. El cuerpo de ese modo, aligera su sobresaturación tóxica, la misma que nos invade por el mero hecho de actuar en la época absurda y crítica de las velocidades, de las simulaciones y la ambición, vida que tantos corazones deshace. No volverá el hombre a la naturaleza como quería el autor de "El Contrato Social", pero tendrá que hacer "vida de naturaleza", con procedimientos leales y prácticas sencillas. Habrá de cuidar más todo lo valioso: cuerpo, mente, moral...

Por buscar la "buena vida" se va hoy hacia la peor vida que pueda imaginarse: una vida exigente en materialidades, descuidada en higiene física y psíquica, insincera, afiebrada, atropellada, sensual, interesada y cobarde. Por los grandes males del presente vendrán los bienes del porvenir. La historia de la humanidad es acción y reacción.

Pero volvamos a la fisiología. El laboratorio, que tantas comprobaciones ha hecho en las últimas décadas ha demostrado que el calcio y el fósforo se asimilan mejor, y lo mismo el resto de los minerales, con un poco de vida en una atmósfera sana, luminosa. Hay que buscar, pues, el aire libre en el parque o la costa — ¡oh, hombre de la ciudad! — por lo menos una hora y media por día. Aumentarás así los glóbulos rojos, ese abnegado ejército que defiende tu vida. Los jugos digestivos, y está bien probado, se acrecen también, con lo que remediamos, sin necesidad de productos de farmacia, el exceso de acidificación que produce esta complicada vida moderna, absurda, en tantos aspectos.

¡Cómo se nos aparece de admirable aquel Lubbock que, en el otro siglo, antes de que surgieran estas y otras comprobaciones, en forma científica incuestionable, decía en su ya denso Londres, donde actuó como hombre de acción y de pensamiento: "Sepan los que viven en ciudades, que ningún tiempo pasado al aire libre es tiempo perdido. El aire libre es un tónico de virtudes maravillosas". ¿Quién podría negarlo ahora, con las comprobaciones de la ciencia?...

Vicente A. SALAVERRI.

(Especial para EL DIA).

(1) "Bastan diez inspiraciones del aire solado para impedir la tuberculosis", ha dicho la higiene contemporánea.



Escolares de la "Escuela República del Ecuador" cantando el himno patrio en el acto rememorativo del Desembarco de la Agraciada, el 19 de Abril.



De la Escuela de Piedras Blancas llegaron estos escolares a conocer el edificio de nuestra redacción y talleres, que recorrieron.

INFORMACION GRAFICA





En la Asociación Cristiana Femenina se inició el día 25 de abril la serie de actos denominados "Día Mundial de la Socia", con exposición de los trabajos de encuadernación y manualidades, partidos de Volley-ball, juegos y canciones de las clases menores, ejercicio rítmico de las clases liceales, y proyecciones luminosas en colores. Pertenecen las fotografías que publicamos a los distintos actos realizados.



Un excelente conjunto de "ballet" español, formado y dirigido por el notable bailarín Ricardo Solé, está actuando en el teatro Solís con un programa folklórico de subida calidad e interés.



Comida de despedida al primer maquinista de nuestro taller de huecograbado, señor Manuel Grajales, ofrecida por sus compañeros de labor, con motivo de acogerse a la jubilación.





Fue conmemorado el XI aniversario de la Victoria de la Resistencia del pueblo italiano contra la opresión fascista y la invasión nazi, ceremonia organizada por el Instituto Italiano de Cultura, y realizada en el Paraninfo de la Universidad, con intervención de destacadas personalidades.



Alumnos de la Escuela N 172 "Rincón del Cerro" en la visita realizada a nuestro local de redacción.



También los escolares de la Escuela Nº 90, de la calle General Flores, tuvieron la cortesía de visitar nuestra casa.



Músicos callahuayas, ejecutantes de tambores y "sikus".

EL INDIO Y SU MEJOR DIVERSION

DESDE hace algún tiempo a esta parte, los indios se divierten a más y mejor. Si un turista o un simple curioso se aparta de las calles céntricas de La Paz y se dirige hacia los barrios altos de Sopocachi, del Cementerio General, de Villa Victoria o de Caiconi, verá que el afán de los indios, día tras día y semana tras semana, no es otro que bailar y bailar, al ininterrumpido son de una banda de músicos o bien de kenas (1) zampoñas y tambores. Obligadamente los bailarines lucen disfraces de seda, oro y lentejuelas a cual más originales, costosos y raros. Quienes admiran tan exóticas indumentarias y saben de oídas que el jolgorio tiene las más de las veces duración indefinida, están informados de que el indio busca los pretextos más baladíes para gozar de su libertad y entregarse a libaciones de resultados nada gratos. Una misa oficiada para este o aquel santo, el cumpleaños de los padres o parientes, la compra de tierras y animales y toda festividad se celebra obligadamente con el consabido baile de disfraces en el que jamás faltan comilonas pantagruélicas y bebidas fortísimas que parece que tuvieran la cualidad de dar suma resistencia a estos indígenas que pueden danzar seis o diez días seguidos sin demostrar el menor cansancio.

No puede dudarse de que el indio tiene pasión por la danza y, nada hay más grato y hasta honroso para él, que formar parte de un grupo o comparsa de bailarines. El indio, ya sea que trabaje en el campo, en las minas o en fábricas, después de cubrir sus primeras necesidades con el salario inicial percibido, forzosamente debe adquirir a breve plazo y a cualquier precio, un disfraz de diablo, cóndor o león, porque con dicha prenda que representa una fortuna, ha colmado una aspiración y tiene abiertas las puertas de una vida de diversión ilimitada... Los disfraces señalan diferencias muy notables y responden a las costumbres e idiosincracia de cada localidad. En las tierras frígidas del altiplano abundan aquellos que representan cóndores, zorros, llamas y vicuñas, en los valles, los de leones, tigres y osos, primando siempre por su alto costo y adornos los de diablos.

Las danzas indígenas, en esta parte de América, no han sufrido muy profundas transformaciones desde los viejos tiempos incásicos, porque enhorabuena, no han habido autoridades que se atrevan a suprimirlas o gravarles con tributos onerosos. El indio sigue en cuanto a danzas y disfraces amarrado a sus tradiciones milenarias. El insigne sabio D'Orbigny, que estuvo en Bolivia allá por el año de 1832, al referirse a las danzas de los indios de La Paz, dice: "El 24, día de San Juan Bautista, dieron vueltas, pero nada fue comparable a lo que vi el 29, en la fiesta de San Pedro. Además de los disfraces burlescos, había muchos que reproducían los recuerdos caros a ellos y se hacía con las ropas transmitidas de padres a hijos desde los incas. Es sabido que el cóndor, o gran buitre de los Andes era reverenciado por los antiguos pueblos de la meseta, y entre los Incas, como lo testimonian esos pórticos monolíticos de Tiahuanacu. Su veneración por este pájaro tenía por causa, que como se acerca al sol, se lo consideraba su mensajero". Otra danza indígena, D'Orbigny la describe así: "Un gran círculo de indígenas atrajo mi atención. En el medio se destacaba un descendiente de los incas, o por lo menos, uno de los grandes curacas (caciques) de los derredores. Llevaba un manto de terciopelo negro y encima una cota de mallas de tela negra donde brillaba en el pecho, un gran sol de oro; sobre las espaldas y sobre las rodillas se veía una figura humana también de oro. Su cabeza estaba adornada por una diadema de oro, donde brillaban hermosas plumas y un pájaro colgado con las alas abiertas, como tratando de picotear la cabeza antes de volar. Este personaje tenía en la mano una varilla muy larga coronada de flores de plata. Otros dos personajes revestidos de la misma manera, pero algo menos lujosa, le mostraban la mayor deferencia. Habían además tres pajes engalanados con un gran tahalí colgado del cuello y dos portaestandartes llevando una bandera de cuadros blancos, amarillos, rojos, azules y verdes".

En la actualidad, no hay ciudad, villa o villorrio, donde, en cada festividad religiosa o cívica tomase parte activa una comparsa de bailarines indígenas. Pues, la proliferación de estos grupos ha dado, por cierto, un gran incremento a la fabricación de máscaras de yeso y al bordado de indumentos lujosos cuajados de piedras falsas, flores de oropel y aguas marinas de diversos colores. Si un indígena llega a ser propietario de un disfraz valioso, lo conserva toda su vida y cuando muere se convierte en un tesoro de la familia.

Entre los bailes que más llaman la atención, destacan los de los llameros, los auqui-auquis (viejos), los huaca-tokoris (toros bailarines), los sicuris, los pusi-pias, los chunchos, los tundiquis, precedidos siempre de músicos callahuayas que al mismo tiempo soplan zampoñas y tocan unos grandes tambores.

Si bien, antes de ahora las danzas indígenas llenaban de alborozo a los pobladores del altiplano andino y de los valles próximos, hoy, en que la alcaldía de La Paz, obrando con excesiva magnanimidad no cobra ya tributo alguno por el ingreso de las comparsas de bailarines a la ciudad, son numerosísimos los grupos de disfrazados que después de efectuar su recorido funambulesco por las calles y plazas más transitadas de la urbe, se retiran a los alrededores para entregarse con todos sus bríos a la danza y al beberaje, al son monótono e ininterrumpido de zampoñas, flautas, tambores y bombos o bien de bandas de músicos, con total olvido de sus deberes y siempre con la esperanza de que terminada una farándula ha de sucederle irremisiblemente otra y otra, donde menester es lucir el valioso disfraz colmado de espejuelos, avalorios y piedras preciosas.

(1) Flauta de madera.

Luis TERAN GOMEZ.

Especial para EL DIA.
La Paz, Bolivia.



Llameros.



Chunchos

HACIA una lluvia espantosa y un frío peor aún que la lluvia cuando, con Enrique Peña-Barrenechea, eximio y delicado poeta del Perú, autodesterrado en París, nos encaminamos al Cementerio de Pére Lachaise. Yo tenía una misión personalísima: encontrar la tumba de Felipe González-Prada, muerto al amanecer, cumpliendo los 17, nieto del insigne don Manuel e hijo de Alfredo, mi hermano espiritual. Además, quería visitar otras tumbas.

Desembocamos ante la de Colette. No hacían pasado dos años de su deceso. Bajo un mármol negro, sobrio y solemne, reposaba la gran escritora, cuyo departamento en el Palais Royal, lleno de recuerdos, gepic, gatos y bibelots recibiera el último homenaje de todo París meses atrás. Sólo una parca inscripción: "Ici répose Colette". Atrás, para ser vista de investigadores, la data de la escritora, sin ditirambos. No los requiere.

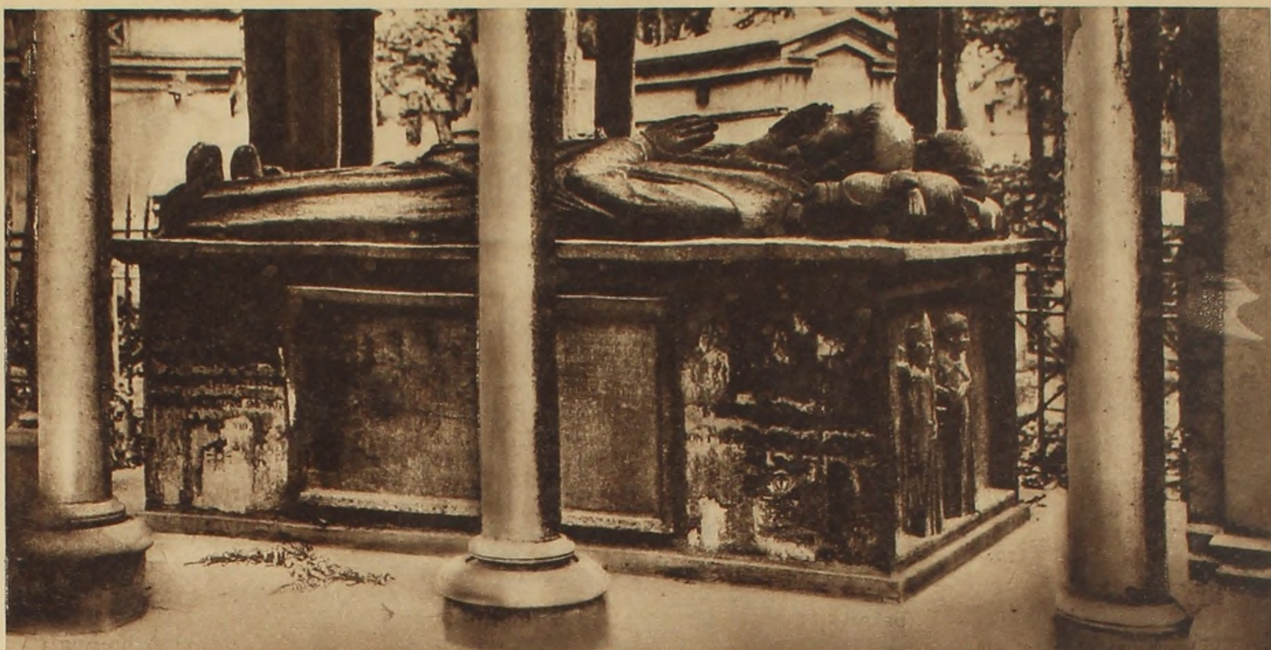
Cerca, Alfredo de Musset, con su melancólico sauce, que no fue plantado a iniciativa de un francés, sino de un centroamericano, aterido de angustia al ver al poeta tan en soledad. Al frente, la Patti, sin mayores adornos. Y junto Chopin.

Aquí empieza el relato.

Esa tarde de invierno de 1956, no hallamos sino tres sepulcros decorados por la piedad pública. Nos habían dicho de otros, inclusive el de Musset. Lucía flores de plástico. En cambio Chopin, Oscar Wilde y Abelardo y Eloísa se hallaban cubiertos de recuerdos.

Cuando visitamos esta última tumba, ya habíamos conseguido un cicerone, pequeñín, parlanchín, borrachín. Olía a alcohol a una legua. Estaba rubicundo y elocuente. Nos quería llevar a todas partes, vista la primera oblación propinera, que fue, ay, por cierto, la última.

Reposan Abelardo y Eloísa en una tumba común: común de dos. El escultor los ha representado, sobre la tapa en actitud de juntar las manos. Habría sido cruel separarlos después de su largo coloquio sobre la vida y la muerte. Los enamorados parisienses que también son tiernos y sentimentales, aunque haya quien piense lo contrario, juzgando por las Trotteuses de ciertos bulevares, acuden por centenares a la célebre tumba a hacerse votos de fidelidad eterna, entrelazar las manos, cambiar un beso y dejar una flor. El rito es perfecto. ¿Acaso el beso está prohibido ante la muerte, sobre todo si promete vida? Pese al invierno que habría de calificarse de "gélido", para que el cuadro fuera más perfecto, el sepulcro se hallaba lleno de flores. El cicerone comenta meneando la cabecita monda: "Toujours ils viennent ici, vous savez, les amoureux, toujours". Después nos confía que él también vino aquí. "¿Y se cumplieron sus votos?". Menea la cabeza, y responde: "Pues, más o menos sí, pero se envejece, se pierde el impulso, se hace uno malo, se olvida". El terciopersonal francés posee una elocuencia irresistible.



Tumba de Abelardo y Eloísa, en el Pére-Lachaise.



François D'Aix de la Chaise, confesor de Luis XIV. La que fue residencia de los jesuítas tomó su nombre y vino a convertirse en el cementerio de Pére-Lachaise.

Cuaderno de bitácora:

LOS INOLVIDABLES

Chopin lucía cuatro ofrendas florales frescas. "Tiene suerte, nos dice un vigilante; nunca le faltan amigos, sobre todo, amigas". Es natural. A nadie sorprende esta constancia, ni la que se ejerce con George Sand. La que podría llamar la atención, si no fuésemos ya entrenados en sorpresas de todo tipo, sería la de Oscar Wilde.

Es el sepulcro de Sebastián Melmoth, el oscuro emigrante que falleciera sin estruendo en un hotelucho miserable al comenzar este siglo, es su sepulcro de extraordinaria suntuosidad. No material, sino de perspectiva, de masa. Como una venganza contra la crueldad de que padeció en la vida, la posteridad le ha abierto un ancho crédito de admiración, corroborado en la misma Inglaterra, donde, hace tres años, se ha celebrado con inesperada publicidad el primer centenario de su nacimiento. A la tumba de Oscar Wilde no va, claro, la misma clientela que la de Abelardo y Eloísa. No obstante, es tan numerosa como aquélla. Devota y abnegadamente van los admiradores a confesar, con extraña gallardía, su adhesión póstuma y vitanda al arte y demás perfiles del autor de "El retrato de Dorian Gray".

Volvemos al sauce de Musset y a la espeluznante y sobrecogedora representación de Los Muertos, el espantoso monumento, espantoso porque espanta de belleza y emoción, que decora la avenida central del Pére Lachaise. En un mausoleo de peruanos, reposan algunos amigos y amigas. Buscamos inútilmente, la lluvia opone su veto, el sepulcro de José Lora y Lora, insigne poeta tronchado en su florecer, por el Metro de París, allá en el año 1907. En cada esquina, en cada calleja del cementerio surge un nombre evocador, un trozo de historia, no sólo francés, sino de tantos y tantos como vinieron a dormir para siempre bajo este cielo tácito, con este horizonte afelpado, a la sombra de estos árboles armónicos, envueltos en gris.

Salimos, empapados de lluvia, recitando sin querer los viejos e inolvidables versos de Verlaine, otro parroquiano. "Il pleut sur la ville — comme il pleut sur mon coeur". Nos encaminamos a otro cementerio, al de Mont-rouge, a visitar otra tumba inolvidable, la de César Vallejo. Aunque no sea noviembre, para todo bien nacido es mes de recordaciones cualquiera del año. Lo mismo febrero que marzo. O que el mes sin nombre que es la evocación silenciosa en cualquier lugar y sin atender al calendario.

"Ici répose Colette". Aquí reposa, aquí se reposa, sin duda, sin estridencias. El bistró de enfrente nos convida con su sugestivo cartel: "Aquí se está mejor que en frente". Entramos a comprobarlo...

Luis-Alberto **SANCHEZ.**

(Especial para EL DIA).



Ala principal del Pére-Lachaise.







El tríptico de Adán, la muerte y Eva.



Palmeras de la Coronilla en la serie de sus acuarelas.



La serie de los animales en los dibujos de Aliseris.



Parte superior del tríptico, sobre sueños del Apocalipsis.

EL ARTE DE CARLOS W. ALISERIS

su bello estudio de la calle Chucarro, ncontramos al pintor Carlos W. Alise- n artista de los colores y de las pro- iones, entre tapices, candelabros, tallas sas, porcelanas y cuadros, muchos cua- El "Greco", que vemos a la entrada e nos enceguece un instante con el pres- de su presencia, no es una réplica del mo maestro cretense. Es una copia, in- blemente, muy meditada, realizada por ja del pintor Raquel Aliseris Bernadá abaure Casaravilla. Estamos ante una ia que viaja copiando lo que le gusta, orporando a su rica sensibilidad todo portante, en una angustia permanente no desprenderse de nada. De esa fibra eramental sale la pintura de Carlos hington Aliseris, un pintor culto que sa- e toda las ráfagas y que es guiado, per- ntemente, por una intensa actividad al. Como pintor, el maestro Aliseris re- nta una trayectoria técnica de gran am- d, que ha dejado trazos muy firmes en sus etapas. Estas etapas van desde el lápiz de un dibujante exigente y mi- so en la representación de lo estricto y de lo concreto, hasta el asalto audaz al mundo de lo abstracto, donde la observación sensible no puede captar, lentamente, los detalles del modelo porque éste, sin dejar de ser naturaleza, y tal vez por eso, cambia fugazmente de figura y de proporciones provocando en el autor una especie de angustia, de la que suelen quedar puntos luminosos profundos con perfiles tan infinitamente variados como sus sueños. Del dibujante neto que hay en Aliseris es una muestra el temeroso conejito a lápiz de la serie de sus animales y las siluetas de todos sus temas, nítidos y abstractos y fantásticos, por más fugaz que se les presenten en la naturaleza. De esta vocación suya indeclinable por el dibujo, salen a nuestro juicio las figuras típicas de sus grandes composiciones y las formas variadas de sus sueños, todas integradas por las manchas y volúmenes que son a la vez organismos fantásticos, increíbles, pero claros y bien diferenciados cuando se analizan con atención.

De ese período que podríamos llamar clásico tiene Aliseris esa gran pareja, de porte dureresco, sin omitir energía. No obstante, ya entre el Adán y Eva de ese ciclo de su pintura, ha pensado el autor en la muerte como centro inevitable del tríptico y al representarla ha sentado las bases de otros muchos aspectos que, más tarde, va a desarrollar en su creación super-realista. A través de la estampa del "Angel exterminador" del proceso de la condenación y por el esqueleto que cubre y enlaza los cuerpos se pueden seguir ya las ideas y el gusto por los símbolos que enriquecen siempre su pintura.

Así llegamos a la serie que ha definido como "sueños fantásticos". Es la serie en que, los colores y los trazos han sido aplicados sobre una suerte de ensueño sobre el apocalipsis, y en donde por muchos lados aparecen imágenes sarcásticas y crueles, que según el autor se desarrollan buscando una dimensión entre la vida y el misterio. A esa etapa de su obra pertenece el tríptico, de abrumador trabajo material, de gran colorido y gran tamaño (2,10 por 3,40), que la fotografía no logra reflejar.

Un mundo de fantasmas casi medioevales pero de vigencia moderna, satirizan allí entre otras cosas la avidez del dinero y dramatiza la gestación universal, cuya descripción hay que dejarla, definitivamente, al diálogo entre el autor y su espectador. De estos "sueños" ha salido esa nueva manifestación de Aliseris llevando sus ideas a la técnica del hierro cortado, dando lugar a nuevas creaciones de gran valor decorativo. Esta era fantástica es la era en la cual el autor ha logrado impactos espirituales de gran trascendencia y conquistado auspiciosos juicios de críticos extranjeros a través de sus exposiciones en muchos centros distinguidos de Europa y América, donde ha sido apreciado como "acariciador de colores" y "artífice de tonos justos". Paralelamente a esta obra, Aliseris ha cumplido una interesante tarea de acuarelista captando con sus pinceles colores auténticos de muchos bellos rincones de la costa y de la campaña uruguaya, que de otra manera afirman la personalidad de este artista nacional cuya paleta, guarda sin duda, muchas buenas sorpresas.

Rodolfo OBREGON.

(Especial para EL DIA).



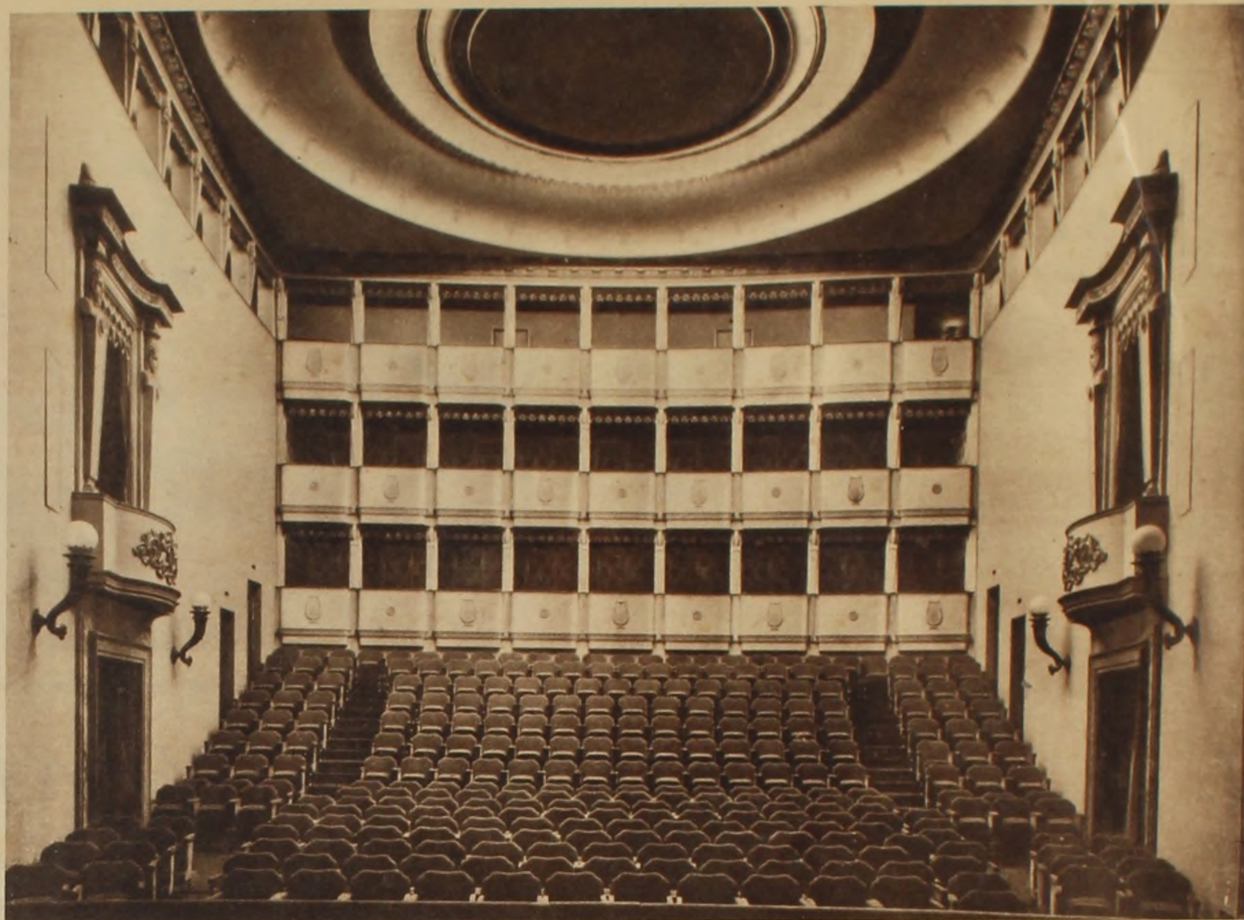




Conjunto del gran tríptico del Apocalipsis.

DESDE mis jiras anteriores he tenido más que una oportunidad de informar a los melómanos uruguayos sobre el gran auge que el arte lírico — a pesar de todas las opiniones en contra de sus detractores — ha tenido en la Europa de posguerra. Salas nuevas y cada vez más elegantes y modernas se abren a su culto, los teatros destruidos durante la guerra han restaurado su antiguo esplendor, un público que la radio, la televisión y los discos no ha disminuido sino por el contrario, aumentado considerablemente, goza noche tras noche en centenares de ciudades del espectáculo más completo que el arte ha inventado. Claro está: las polémicas no enmudecen, los "regisseurs" buscan afanosamente "modernizar" la ópera, los compositores oscilan entre experimentos cerebrales y disimulada continuación de épocas pasadas. Las obras nuevas que surgen tienen, con muy pocas y honrosas excepciones, vida sumamente efímera. Lo que atrae data, por paradójico que parezca, de los grandes tiempos de la ópera: desde 1800 hasta 1914.

En esta crónica desde Milán no deseo comentar la maravillosa "Scala" en sí, con sus espectáculos deslumbrantes, su orquesta inigualada, su lujo de voces, su público elegante pero insoportablemente reaccionario y, en parte, muy mal educado (todavía sigue la costumbre de llegar a mediados del espectáculo y de silbar obras modernas antes de haberlas oído del todo). No. Lo que quiero hoy comunicar a mis lectores en el Uruguay es un hecho feliz y auspicioso para el arte musical: la apertura de un teatro de cámara, en la misma "Scala", en el viejo y tan tradicional (aunque nada brillante) edificio cuyas puertas franquearon todos o casi todos los grandes del arte lírico del pasado, y del presente. Porque la "Scala" sigue siendo la meta de los compositores, cantantes, directores de orquesta, escenógrafos.



La nueva "Piccola Scala" de Milán.

La Scala inauguró su Teatro de Cámara

La nueva sala se llama simplemente "la Piccola Scala". Tiene lugar para unos 500 espectadores. Es sobria, elegantísima, moderna, armoniosa, y posee una acústica ideal. Tiene — y este es quizá uno de sus puntos principales — la orquesta invisible. Apenas la cabeza del director asoma ligeramente por encima de la fosa. Así, la ilusión es completa. (Es, para mí, siempre incomprensible porqué este principio exigido y realizado ya por Wagner, hace 80 años, en Bayreuth, no se ha hecho común en todas las óperas modernas. Siendo la ópera ilusión, necesario es hacerla lo más completa posible. Dioses griegos o germanos arriba en el palco escénico, o simplemente hombres de otras épocas, y cien músicos de frac abajo que distraen la atención, es una paradoja que por acostumbrada no es menos paradójica).

La Piccola Scala se dedica, claro está, al género menor (que tantas veces es mayor que la llamada "grande ópera"). La apertura se hizo con "El matrimonio secreto" de Cimarosa que se presta admirablemente para la intimidad de la sala. El segundo espectáculo se dedicó a Mozart: fue su deliciosa ópera bufa "Cosi fan tutte" que en este marco, surtió el máximo efecto. No quiero derivar aquí hacia el "eclatante" cambio de apreciación que se ha operado en los italianos frente a Mozart. Aún hace veinte años era un "straniero" aquí; extranjero de talento, sin duda, pero a pesar de su italianismo lejos de ser italiano. Ahora, en cambio, ha sido plenamente descubierto. ¿Acaso no habló italiano (también en su música) como los propios italianos? Su chispa, ¿no es italiana? ¿Su gracia? ¿Su melodía? (Repito lo que se siente y dice aquí; mi corazón de austríaco se reserva otra, más amplia explicación del genio universal que fue Mozart).

La tercera función de la Piccola Scala se dedicó a tres obras cortas. Strawinsky al principio: "Apolo musagetes", ballet para cuatro bailarines, con una música de la cual nadie comprende hoy cómo pudo ser considerada chocantemente moderna hace pocas década. En segundo término, un autor italiano contemporáneo: Ghedini, hombre prominente, director del Conservatorio de Milán y gran conocedor. A pesar de esto, su "Ipocrita felice" no es una buena ópera. La Scala lo disimula magistralmente, con bellísimas voces (Tito Gobbi y la graciosísima Graziella Sciutti, entre otras) y con decorados deslumbrantes. Además, el argumento es hermoso y profundo, y su elección acredita un gran mérito a Ghedini. Finalmente "El Retablo de Maese Pedro', en una versión sencillamente perfecta: decorados evocadores y los famosos "Piccoli" del Maestro Podrecca en la escena de los títeres. Musicalmente, las tres obras se hallan al cuidado del maestro Antonino Votto, una de las mejores batutas de la ópera actual en Italia.

A todo melómano que pasa por Milán se impone ahora, además de la obligada y casi nunca arrepentida visita al Scala, asistir a uno de los deliciosos espectáculos en la sala chica, la Piccola Scala.

Kurt PAHLEN.

Milán, marzo de 1956.

(Especial para EL DIA).



La función inaugural con "Il Matrimonio Segreto" de Cimarosa, con Graziella Sciutti y el tenor Luigi Alva.



El cartel anunciador de la apertura del nuevo teatro.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS



A PENAS HABÍA ENTRADO TARZÁN EN LAS FILAS DEL REY, CUANDO SE ANUNCIÓ QUE EL CABALLERO ROJO HABÍA ATACADO EL CASTILLO. "A LOS PARAPETOS," ORDENÓ ALBERTO.





SE LIBRABA UNA FURIOSA BATALLA. LOS DEFENSORES DE LA FORTALEZA RECHAZARON MUCHOS ATAQUES, PERO EL EJÉRCITO DE SALVAJES DE LA SELVA DEL CABALLERO ROJO, SEGUÍA PRESIONANDO... AMENAZABA UN DESASTRE.



"ALBERTO NO DESESPERE," ROGÓ TARZÁN. "VEA SI EL CABALLERO ROJO QUIERE PONER FIN A ESTA LUCHA Y DECIDIR LA DISPUTA EN UN COMBATE PERSONAL... VEA SI ACEPTA A UN MISTERIOSO DESAFIANTE."

